

Vida efímera

En un pedazo de aquel raro continente se hallaban cuatro distritos dulces donde en cada uno de estos habitaban seres muy curiosos y sabrosos a simple vista. En cada distrito todo era hecho en base al dulce que representaba este mismo y el lema de vida de estas criaturas era simple y sencillo, el más dulce siempre destacaría por sobre todo lo demás. Pero incluso en la vida de todos estos amigables seres había una regla preestablecida para todos sin importar los sabores ni quien era más dulce. Nunca, jamás debían comerse los unos a los otros. Este acto estaba severamente prohibido y era tratado como el único y el mayor crimen en la sociedad dulce.

Al Norte estaba situado el distrito del chocolate, en este las calles y las edificaciones eran todas de chocolate. Sus habitantes eran alegres y se la pasaban construyendo todos los días, pero tanta alegría realmente ocultaba que estos eran propensos a caer en la depresión. Capaces de laborar día a día y realizar sus actividades diarias sin problemas, pero de la misma manera eran aptos para tener pensamientos suicidas. Sintiendo la necesidad de no buscar ayuda porque en el fondo saben que no reconocen su propia enfermedad. Todos eran unos depresivos sonrientes y en medio de ese profundo agujero que sentían en sus corazones, eran felices.

Al Sur estaba el distrito del pastel, una enorme montaña de harina y merengue donde cada migaja de almidón tenía vida y juntos conformaban su nación en entidad colectiva. Los habitantes de este distrito eran todos orgullosos, pero también modestos ya que estaban obligados a convivir apegados para que la montaña no se derrumbara. Esta obligación de permanecer unidos había desarrollado en cada uno de ellos un terrible miedo a la intimidad. Al apegarse tanto a alguien les hacía daño y entraban en pánico, por ello siempre vivían en un constante peligro de que en cualquier momento todo el trabajo en equipo se viniera en derrumbe.

En el Este estaba el distrito de caramelo, donde las lagunas de azúcar acaramelada eran las aguas termales para los dulces habitantes hechos un de sólido caramelo. Para los habitantes de este distrito el día a día era una fiesta interminable en sus dulces piscinas de caramelo. Todos encantadores y deliciosos que podían volverse irresistibles cuando la necesidad de placer los atacaba, y de alguna manera tenían que saciar esa carencia. Eran unos perversos narcisistas desde nacimiento y aptos a desarrollar esquizofrenias relacionales. Los habitantes de caramelo eran los únicos que podían jugar con la regla de comerse entre ellos, estos simplemente jugaban a lamerse los unos con los otros para saborear un aroma ajeno y

diferente gracias a sus cortezas de piel maciza que se reconstruía apenas bañarse en sus respectivas lagunas.

En el Oeste estaba el distrito del helado, lo maravilloso de aquí era que todos los habitantes eran únicos y diferentes, ya que cada uno de ellos tenía algo que los hacía destacar por sobre todo lo demás. Ese algo era el sabor, todos tenían colores y sabores diferentes, era muy raro cuando los sabores y colores coincidían entre residentes. Se podría decir que entre todo el continente los habitantes helados eran los más serenos en cuanto a actitudes, pero en cuanto a aptitudes eran prisioneros de un cólera que podría estallar por casi cualquier cosa. Si estos habitantes helados se enojaban lo suficiente podían llegar a sufrir una terrible fiebre capaz de derretirlos hasta el punto de matarlos.

Un día de pronto, todos en el continente dulce enloquecieron y decidieron romper la única regla que tenían establecida en sociedad. Estaban hartos, querían probar un sabor dulce, un sabor delicioso más allá de la comprensión, y esa necesidad solo podía ser aliviada de una sola manera. Comiéndose los unos a los otros comprendieron lo que era el verdadero sabor a través de los sentidos. El gusto al saborear a sus dulces compañeros, el olfato para identificar quien podía llegar a tener el mejor sabor, la vista para juzgar la piel y la corteza para elegir a su siguiente comida y más tarde el sabor de sus líquidos internos que evaluarían también mediante el tacto para sentirlos en carne propia, por último y desafortunado la audición, donde para la desgracia de todos tenían que escuchar sus propios quejidos de dolor mezclados con el placer de por fin romper las reglas y hacer aquello que siempre anhelaron.

En plena masacre y libertinaje social un enorme utensilio cayó sobre uno de los distritos, el de chocolate. Un tenedor atravesó a diversos ciudadanos de chocolate acabando con la miseria que afrontaban cada día, derramando sus líquidos internos dulces de color café con exquisito sabor. Al mismo tiempo un cuchillo separó de un corte aquella montaña que conformaba el distrito del pastel, acabando de una vez con esa relación codependiente que llevaban sus habitantes. Luego una cucharilla fue sumergida en los lagos de caramelo para después dirigirse al distrito del helado para dividir a uno de los codiciosos sabores de fresa que hasta ese momento se había mantenido intacto.

Al final, todos y cada uno de los distritos fueron tragados por algo desconocido, subyugados a deshacerse en el paladar para más tarde ser digeridos por aquellas criaturas que padecerían de diabetes algún día.

- Yonaiker Angel -